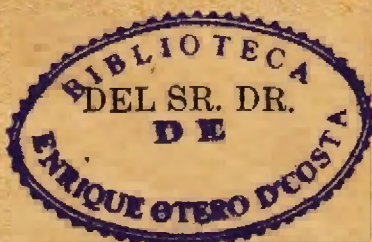


CONTESTACION



MANUEL MARIA PRADA,

CURA DE CHINAVITA,

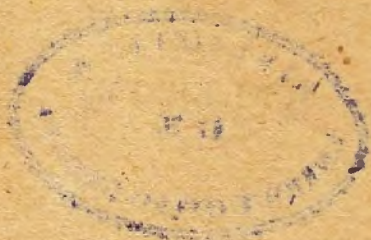
á un artículo titulado «Garagoa hacia Runta.»



M 428 Prada
E 2

TUNJA

—
IMPRESA DIOCESANA



Tunjá, Enero 16 de 1912.

Illmo. y Rvdmo. Sr. Obispo Diocesano.—E. L. C.

He leído el presente escrito sin encontrar en él cosa que ofenda la fe ó las buenas costumbres.

Dios guarde á Usía Ilustrísima muchos años.

Puede publicarse.

AQUILINO NIÑO,

✠ EDUARDO.

Obispo de Tunja.

REPUBLICA DE COLOMBIA
TELEGRAFOS NACIONALES

Franco-

Hora de introducción 7 p.m.

Tunja 18 de marzo de 1912.

Párroco Garagoa (Chinavita)

Estoy leyendo contestación á Kemis. Está
buena. Felicítolo. Bendígolo afectuosamente.

Obispo.

Auténtico—Cuellar.

AL QUE LEYERE

Con involuntario retardo, llevamos hoy á término la publicación del elocuente y nervioso escrito del ilustrado Párroco de Chinavita, en que, según se nos alcanza, con superabundancia de razones, deshaçe á su adversario, al modo que impetuoso torrente arrolla frágiles diques, y, llevándolos á grandes distancias sobre sus ondas, acaba por dejarlos sepultados entre la arena.

Obedeció el involuntario retardo á las condiciones mismas de nuestra imprenta, que no es, ni mucho menos, Casa Editorial, como hay muchas.

Afortunadamedte el escrito del Sr. Dr. Prada, de interés general y permanente, como que entraña la defensa del Clero Católico contra los viejos sofismas de sus enemigos, será leído hoy con placer tan intenso, como si hubiera visto la luz á raíz de la publicación que refuta.

ALBUS



GARAGOA HACIA RUNTA

Bajo este epígrafe, se ha publicado un virulento escrito contra el Clero, contra el Gobierno, contra las autoridades de Garagoa, y muy especialmente contra el Párroco y vecinos de Chinavita. Firma el inflamado escritor con el seudónimo «Kemís». La terminología de que se vale:—«Regüeldo.»—Cada gallo á cacarear á su corral etc. etc., es ajena de la culta sociedad de Garagoa, cuya representación asume el Sr. Kemís.

Habiendo transcurrido ya bastante tiempo sin protestar persona alguna la representación de Kemís, ni las calumniosas inculpaciones que me hace, en el mencionado artículo, criticando mi sermón del Sagrado Corazón de Jesús en Garagoa, me creo obligado á contestar, no á Kemís, quien poco merece, sino á la colectividad social por él representada, la que sí es muy digna de aprecio y atención. Al nombrar, pues, á Kemís á ella me refiero.

Someramente hablaré, Sr. Kemís, de la divina institución del Sacerdocio Católico, ó Clericalismo, como Ud. lo llama, en primer lugar; en segundo, citaré la *conciencia* de grandes hombres respecto de Cristo y por consiguiente del Sacerdocio Católico, su vicegerente en la tierra y cabeza de su cuerpo místico; y por último, de los inconmesurables bienes de que es deudora la humanidad, especialmente la de Colombia, al Clero Católico ó Sacerdocio de Cristo. (1)

El Sacerdocio, ó Clericalismo Católico, Sr. Kemís, (2) del que se muestra Ud. en su escrito tan furibundo enemigo, fue instituido hace más de veinte siglos, por la imponente Majestad de Cristo, é investido sobre la cumbre del Olivete, al ascender al cielo el mismo Hijo de Dios resucitado, con la misión universal, ineludible y representativa de predicar la Divina Palabra, denominada Evangelio, ó buena nueva, á todos los hombres (3) á todas las naciones y en todos los tiempos, sin liga de fronteras, ni salvedad de personalidades, ni miramientos de circunstancias. (4)

Pocos días después, (5) los primeros Sacerdotes, llamados Apóstoles, iniciaron su misión en Jerusalén,

ante un providencial concurso de gentes del orbe entonces conocido. Todos oyeron en su propio idioma al jefe de los Sacerdotes apellidado Pedro, antes ignorante, humilde pescador, nombrado Simón. Mas tarde los mismos verdugos de Cristo, se iluminaron, se conmovieron y santificaron, menos los sordos y ciegos voluntarios ~~que~~, lo mismo que los de ahora, se taparon los ojos y oídos para no convertirse, confirmando así lo que dice Jesucristo, según San Juan: «Todo hombre que obra mal aborrece la luz, y no viene á la luz, para que sus obras no sean reprendidas!» (6) Otro tanto dice el Espíritu Santo por Jeremías «Endurecieron su cara más que una piedra y no quisieron convertirse. ¿A quién hablaré y á quien conjuraré para que oiga? He aquí incircuncisas están sus orejas, y no pueden oír. He aquí que la palabra del Señor ha sido para ellos un oprobio y no la recibieron.» (7) Entre estos ciegos, sordos, figuraban los príncipes de la Nación, quienes más empedernidos que las *rocas del Gólgota*, pretendieron amordazar á los predicadores; pero lejos de conseguirlo, estos primeros Sacerdotes, (clérigos ó Apóstoles, Sr. Kemis) enardecidos al fuego del divino sol, se repartieron el mundo y predicaron el Evangelio ante el ilustre Areópago de Atenas, ante el soberbio Senado de Roma, ante el monstruoso Emperador Nerón; entre los sanguinarios habitantes de la Escitia, entre los antropófagos del Centro del Africa, y muy seguramente también, entre los abuelos del Sr. Kemis pobladores del uberrimo valle donde está ubicado Garagoa. Bajo treinta mil formas, con el nombre de dioses y diosas, se hacía rendir culto Satanás en la capital del mundo pagano, Roma. Diariamente humeaba la sangre de inocentes víctimas; infantes, doncellas y lo más selecto de la humanidad en los altares de las divinidades Olímpicas ó demoníacas. Mas, al eco del Evangelio, Sr. Kemis, todos los inferiales oráculos enmudecieron; los simulacros del adúltero Júpiter, de la deshonesta Venus, del belicoso Marte etc. se desplomaron de sus pedestales de oro, como lo había anunciado Virgilio en sus famosas estrofas. Las cuarenta veces seculares finieblas del gentilismo, al irradiar la luz Evangélica, se rasgaron en el universo mundo. Al empuje del cristianismo se rompieron las ominosas cadenas con que Luzbel aprisionaba á la raza de Adán. La voz de los Apóstoles Pedro, Pablo, Santiago, Juan, etc. (8) con el estampido del más formidable trueno, retumbó en todos los ámbitos de la tierra, é hizo bambolear hasta los fundamen-

tos del grande abismo. Un nuevo día esplendoroso, como el primero del Edén, amaneció y los dragones del Averno, estupefactos y furiosos, se encarnaron en el corazón de los reyes para usar de represalias é impedir el desmoronamiento de su imperio.

Pronto corrieron por toda la tierra ríos, por no decir mares, de sangre Apostólica (clerical, Sr. Kemis) y por doquiera que coloreaba nacían cristianos á millares. Levantáronse cadalsos, las hogueras en que se quemaba á los cristianos, no se apagaban á ninguna hora, condujéronse al anfiteatro, para exterminar á los Apóstoles (los clérigos del Sr. Kemis) las más horribles fieras; pero todo en vano, porque entonces, como ahora, una mano oculta, omnipotente, confunde y *trastorna las baterías* de Satanás, y *todo lo podemos con el apoyo de esa mano*; (9) no se olvide de esto Sr. Kemis y de lo que Ud. dice plagiando la divina palabra: «Es duro cocear contra el aguijón.» Aplíquesele y recuerde que los cristianos, mayormente los Sacerdotes ó *Clérigos «podemos morir, pero no ser vencidos»*, y que antes cesará el agua de correr que dejar de ser el Sacerdocio de Cristo lo que ha sido siempre: hásele siempre visto, enardecido en el divino fuego, *gloriarse en la Cruz del Maestro*, predicar y cantar á Cristo victorioso, *aun sobre las parrillas, como el mártir Lorenzo*.

Poco tiempo después de iniciada la sangrienta escena que vengo narrando, Sr. Kemis, el intrépido San Pablo, ante el temible foro romano, no dudaba afirmar: «Nuestra fe ha sido anunciada en todo el universo.» (10); Y el sabio Tertuliano al César Romano: «Hemos nacido ayer, y ya llenamos todos vuestros lugares, ciudades, islas, castillos, municipios, reuniones, los mismos campamentos, tribus, decurias, palacio, senado y foro; sólo os dejamos los templos» (11). El heroico San Cipriano alentaba á los mártires y enrostraba al detestable emperador Decio: «Los cristianos son invencibles, por lo mismo que no temen la muerte.» Juan Crisóstomo, á la sensual Emperatriz Eudoxia: «Me encuentro en medio de las aguas amenazadoras; pero no temo quedar sumergido, porque estoy firme sobre una sólida piedra.» «Como un mosquito, miraba San Pablo á Nerón; como un juego de niños la muerte y los suplicios.» Sería interminable, Sr. Kemis, citarle más testimonios del valor sacerdotal católico-clerical, en los albores del cristianismo, y este valor, aun lo sentimos, en nuestras venas, chispear.....

Desde entonces, Sr. Kemis, la palabra de Cristo ó

el Evangelio, ha venido, á despecho del Angel rebelde y sus secuaces de antier, ayer y hoy, siendo en todas las vueltas y revueltas del mundo, el fanal de perenne luz, la fecunda fuente de la ciencia y la piscina inextinguible de salud. De ella han chupado los sabios la verdad y los santos la virtud. Es dulce ó amarga, según el estado de la conciencia de quien la oye, cumpliéndose, así, lo que está dicho por el Espíritu Santo: «Es una espada de dos filos» (11). Y la razón de tal disyuntivas es porque Jesucristo, su autor, es y será la resurrección para unos y la muerte para otros (12). Dos hombres murieron á su lado oyendo sus últimas palabras; y para el uno la cruz fue la escala de la gloria! y para el otro el umbral del infierno! uno y otro eran facinerosos insignes, pero de índoles muy diferentes: la del uno tierna y compasiva, y refractaria la del otro. Para el uno la palabra de Jesucristo, fue una «Flecha dulce y escogida.» (13) como dice Isaías, que le rasgó el cáncer de la vieja iniquidad, dejándolo puro; y entonces su alma «se adhirió á la de Jesús» como la de David (13); mas para el otro fue el sello de su condenación, según el decir de Job: «Los que resisten á la voz de Dios, serán entregados al cuchillo y morirán en su ceguedad.» (14) «Me vengaré del que no quiera escuchar las palabras del enviado que hable en nombre mío». (15) «Cuán miserable es la conciencia que después de haber oído la palabra de Dios, se cree ultrajada.» (16)

Compréndese así, que á unos agradara, y desagradara á otros, ~~en~~ el sermón que prediqué, no intrusa ni advenedizamente, como dice el Sr. Kemis, sino por llamamiento escrito del muy venerable Sr. Cura de Garagoa, de quien tengo honrosa aprobación, consignada en importante carta. Ni una vez nombré al liberalismo; (17) y no me arrepentiría si lo hubiera nombrado, siendo, como lo es, tal secta, el *andamio* de todos los errores antiguos y modernos, ó la oruga del árbol del cristianismo, como la llama Tejado.

Análogos son, Sr. Kemis, los efectos del sol en el orden físico á los del sol divino en el orden moral. Así como los rayos del hermoso astro del día embellecen, perfuman y vivifican las flores unidas á su tallo, entre tanto que á las desprendidas de él, las retuestan, las pulverizan y confunden en el lodo del albañal; de la misma manera la palabra divina, efluvio del sol de justicia, á los oyentes: engrandece, alegra, ilustra á unos, y á otros los confunde, los aturde y los aplasta, según que estén unidos á Jesucristo por la humildad, ó separados de El

por la soberbia. Y ni en lo primero es culpable el hortelano, ni en lo segundo el predicador.

Permítame Sr. Kemis otros símiles: Como el más exquisito manjar se hace amargo é insoportable al enfermo de fiebre pútrida, así también la palabra de Dios, á los que tienen el entendimiento ó el corazón enfermo.

El río que se desliza por entre las cuencas de las montañas, enrrolla con sus ondas los arroyos de cristalinas aguas que se le unen, rompen todos los diques que se le presentan, paga su tributo á las nubes del cielo, y, por último, dejando las aguas sucias sepultadas en los profundos-sumideros, quebranta con inmenso caudal de fuerza las barreras del Océano; así también, Sr. Kemis, Jesucristo, con su sacerdocio y todas las almas buenas, desde la montaña, del Gólgota viene por entre imperios, reinos y repúblicas santificando al mundo y llega al Océano de la gloriosa eternidad con la inconmensurable multitud de los Santos, dejando á los soberbios, sensuales, blasfemos y calumniadores etc. etc., sepultados en las mazmorras del mundo, para que desciendan luégo á su elegido destino.

Haciendo un paréntesis en el orden propuesto, diré al Sr. Kemis, que no me han sorprendido los secretos que descubre en su artículo, arriba mencionado, en el que vengo ocupando la atención del benévolo público, y que juzgo necesario hacer resaltar.

Primer secreto, que Chinavita, pueblo moderno, de magnífico clima, ubicado en un hermoso recuesto de la cordillera oriental de los Andes, con su Santuario justamente acreditado de María Santísima del Amparo, al que afluyen copiosamente gentes de muy remotos lugares á tributar sus homenajes de gratitud á la Madre de Dios, por los estupendos prodigios que obra bajo esta advocación, es ó sea lugar de confinamiento para los sacerdotes delincuentes.....

Segundo secreto, que el Illmo. y muy discreto Prelado de la Diócesis, al ofrecirme entre muchas é importantes parroquias á Chinavita, se propusiera castigar-me y contener mis odios que, á Dios gracias, á nadie tengo.

Tercer secreto, que mis predecesores párrocos de Chinavita, tan connotados por la virtud, por la ciencia y por mil relevantes prendas, entre otros los Dres. Juan Nepomuceno Rueda, Obispo, Juan Nepomuceno Cifuentes, Lisandro Ronderos y Eladio Vargas, fueron

por consecuencias criminales sentenciados á expiar sus delitos en este lugar, así como el que suscribe.

Cuarto secreto, relacionado con el plan de estas líneas, que los fieles oyentes y observantes del Evangelio, objeto primordial y cuasi exclusivo de la predicación parroquial de Chinavita, merecen el calificativo de analfabetas (vocablo del saco del Sr. Kemis) (20) é ilotas; y por el contrario, el de muy honorables los rebeldes á las enseñanzas del Evangelio. (20) Según este concepto del Sr. Kemis, están comprendidos en el número de los analfabetas é ilotas los autores de los pensamientos que voy á citar: varios corifeos de la revolución y del Liberalismo, entre ellos.

Escuche el desalumbrado escritor, escuche lo que dice el célebre Cantor del Paraíso Perdido, vea y comprenda cuánto difiere de la deshonrosa servidumbre la noble y racional sumisión de la criatura á los preceptos divinos, y, si le place, aplíquese el sublime, terrible apóstrofe que San Miguel dirige á Satanás.

«Apostate still thou err' st, nor end wills find of erring from: the path of truth remote:

Unjustly thou deprav st, it with the name.

Of servitude, to serve whom God ordains,
Or nature; God and nature bid the same

When he who rules is worthiest, and exels
Them whom he governs. This is servitude,

To serve the, unwise, or him who hath rebell' d
Against his worthier, they how serve the,

Thyself not free, but to thyself enthrall' d,

Yet boldly dar' st our minist' ring upbraid.

Reign thou in Hell, thy kingdom; let me serve

In Heaven God ever blest, and his divine

Behest obey, worthiest to be obey', d.

Apóstata, te engañas: alejado del camino de la verdad, no cesarás de cometer errores. Calificas injustamente con la denominación de servidumbre la obediencia que Dios y la naturaleza mandan. Dios y la naturaleza ordenan lo mismo, cuando el que gobierna es más digno y excede á los que gobierna. Servidumbre es servir al insensato que se ha rebelado contra uno más digno que él, (21) como los tuyos te sirven al presente á tí, no libres, sino esclavos de tí mismo. (22) Y te atreves á insultar descaradamente á nuestro deber. (23) Reina, pues, en el infierno, tu reino; déjame servir en el cielo á Dios, por siempre bendito; obedecer su divino mandamiento, que merece más ser obedecido. (24)

He aquí otro testimonio, de Renan, acaso el más

apasionado de los impíos modernos contra Jesucristo y su Iglesia, quien bajo la presión irresistible de la verdad, como las tinieblas bajo la fuerza de la luz, dijo: «Jesus Christ ne sera jamais déposé». «Todo pasará menos Jesucristo.» En otro lugar dice: «Reposa en tu gloria, noble iniciador. Tu obra está acabada.....Mil veces más vivo, y mil veces más amado, después de tu muerte que durante tu paso por la tierra, tú has venido á ser de tal modo la piedra angular de la humanidad, que arrancar tu nombre del mundo, sería desquiciarle sus fundamentos. Entre tí y Dios no hay distinción. Plenamente vencedor de la muerte, toma posesión de tu reino, á donde te seguirán por la vía real que tú has trazado, millones de adoradores.» (26)

Y ¿cómo podría subsistir este reino de Cristo que muy á su pesar confiesa Renan (corifeo liberal) sin el Sacerdocio ó Clericalismo, Sr. Kemis, que es su órgano en la tierra? Cuando en la cátedra sagrada predica el Clero, ya sea regular ó secular, Cristo es quien predica; cuando en el campo de la controversia, batalla el Clero contra el error la y mentira, Cristo es quien batalla; cuando enseña, ora en las cátedras universitarias, ora en la escuela de la más pobre aldea, Cristo es quien enseña; cuando consuela á los enfermos que están á partir de esta vida, tanto en los hospitales como en miserables chozas, Cristo es quien consuela; en una palabra, Cristo exhorta al bien, Cristo corrige el mal, Cristo habla á la humanidad por el órgano del Sacerdocio Católico ó el Clero, Sr. Kemis.

No menos gráficas que las confesiones de Renan con las de todos los más acérrimos enemigos de Cristo y su Sacerdocio ó Clero, en la generalidad de tiempos y lugares.

El César Romano Juliano después de agotar los alcances aquilatados de su inteligencia y de su poder para raer el cristianismo de la haz de la tierra, apostrofa á Cristo, diciéndole: «Venciste Galileo» ¿Cómo lo venció, Sr. Kemis, sino es por medio de su Sacerdocio ó Clero?

Rousseau, responsable en no pequeña parte, de la gran matanza de católicos, especialmente Sacerdotes franceses, en 1789, en sus escritos declara: «Si la vida ó la muerte de Sócrates son de un sabio, la vida y la muerte de Jesús son de un Dios.» Y ¿cómo lo sería si nó perpetuara su vida y su muerte místicas, ó de su cuerpo místico, la Iglesia por medio del Sacerdocio ó Clero? Pues la fe, vida de la Iglesia, viene por el oído, (27) dice San

Pablo. Monsieur Voltaire, padre del dragón llamado Revolución ó Liberalismo, quien tanto ultrajó á Cristo hasta llamarlo el «Infame»; quien ridiculizó como ninguno á la Iglesia, dice: «Nosotros hemos visto desaparecer la idolatría, en el momento de la predicación del Evangelio; esta misma luz ha hecho cesar por toda la tierra los sacrificios sangrientos de víctimas humanas. Ella ha corregido nuestra jurisprudencia, y no ha cesado de perseguir la magia, el sortilegio y de abolir la esclavitud etc. «El hombre que no está iluminado por la fe, es atormentado por su curiosidad y su ignorancia.» (28)

Ya vé, Sr. Kemis, qué universo de concesiones, en favor del Sacerdocio ó Clero, hace su venerado padre Monsieur Voltaire. ¿Dudará él que el Sacerdocio Católico con su predicación libertó al mundo de la ignorancia y servidumbre gentílicas, etc. singularmente en Colombia?

No menos gráficas y expresivas, en favor de Cristo, del Sacerdocio Católico ó Clero, y de la Iglesia fueron las acciones y palabras del padre de la impiedad moderna, el mismo Voltaire. Cuando se jactaba de haber destruído el catolicismo, sin faltarle ya sino el Jesuitismo, siente los pasos del Supremo Juez, del que se había burlado en el teatro durante medio siglo, y acosado por la muerte, y torturado por el gusano de la conciencia, que le hace vislumbrar el profundo abismo á donde se precipita, llama el 25 de Febrero de 1758, aniversario de su carta blasfema á M. D. Alembert, al abate Gauthier, Vicario de San Sulpicio, víctima de sus calumnias, y ante sus plantas hace confesión general de sus enormes iniquidades. Cada vez más angustiado, por los remordimientos, á medida que se acerca su término, quiere confesarse con su propio cura, y no permitiéndoselo Diderot, su discípulo, después de apurar el vaso de sus *escrémentos*, entre horribles convulsiones muere diciendo: «Muero abandonado de Dios y de los hombres.» (29)

Observe bien, Sr. Kemis, la manera solemne como este hombre extraviado, uno de los más grandes que ha tenido el mundo por el talento, por su vasta ilustración y otras cualidades, después de renegar tanto de Jesucristo, al descorrérsele el velo de la eternidad y rompersele el prisma de las pasiones, declara sus errores, abomina la perfidia de sus cómplices, al mismo Cristo á quien había apellidado el infame reconoce Rey de la sociedad humana, y al Clero su vicegerente.

Si esto hace el genio sabio, cómo la mediocridad desborda aún?

El gran Napoleón Bonaparte, conferenciando en Santa Elena con el Gral. Bertránd le dice: «Se entusiasma el espíritu al recitar las conquistas de Alejandro. Mas ¿qué es esto en comparación del divino fundador del Cristianismo, de este conquistador de nuevo género, que se apropia, que se asimila no sólo una nación dilatada por todo el Universo, perpetuada en todos los siglos, sino la raza humana con todas sus fuerzas?» (30) Esto dice el más famoso guerrero y hombre político del siglo XVIII; como ve el Sr. Kemis, hace Napoleón la más alta apoteosis de Jesucristo, Rey de los siglos, por medio del Sacerdocio ó Clero. Sin duda quiso dar á Jesucristo de esta manera, una satisfacción solemne por sus atentados sacrílegos contra Pío VI y Pío VII, Vicarios del Jefe divino de la Iglesia. Nov. Sr. Kemis, como Ud. lo dice, «Es duro coclear contra el aguijón.»

Y sobre esta materia del Reino de Jesucristo, en la sociedad humana, ha escrito la ortodoxia tanto desde San Pedro y San Pablo hasta Su Santidad Pío X, que podría formarse con los volúmenes una torre más levantada que el mayor pico de los Andes.

Entre las eminencias colombianas en el saber, en el poder y la virtud, me permito Sr. Kemis citarles algunos sublimes acentos de Julio Arboleda.

«¡Oh todo vanidad: Dios sólo sabe
Glorificar al hombre que ha creado!
Puede del ancho espacio ser borrado
El orbe, al són de su palabra grave;
Más cerneráse el yusto como el ave
Revoloteando sobre el Ponto airado,
Por encima del mundo desquiciado,
En que la misma Vanidad no cabe.

Imperios, mundos, creaciones pasan,
Como pasa vibrando por el campo,
Sin dejar huella, el repentino lampo
De aquellos fuegos que el espacio abrasan:
Mas la virtud no muere, ni se olvida
Que Dios le da su eternidad por vida.

OH VIRGIEN!
Tu generoso imperio en bien fecunde
Que civiliza redimiendo al mundo,
Pobre ignorante á disputar no iré.

¡Oh cristianismo! Tu eres el apoyo
«De la inocencia. De la ley humana,
Tu con tu eternidad, ¡oh Ley cristiana!
Reparas la injusticia y el error.

Tus grandes resultados milagrosos;
He aquí tu prueba, ¡Religión divina!
Quien niega tu benéfica doctrina,
A su Patria y al mundo hace traición:
¡Necio infeliz, que en su insensato orgullo
Sus palabras ensarta en argumento,
Y opone sólo frases al portento
De veinte siglos de virtud y acción!

En síntesis, Sr. Kemis, ~~y resumiendo~~ todo lo dicho.
Dice Ud.: «Entre el clericalismo y el mal gobierno
empujan á Garagoa hacia Runta etc.....Pobre tierra.»

Compadezco Sr. Kemis, sus gemebundas lamentaciones, y bien quisiera enjugarle las acerbos lágrimas que hemos arrancado á su patriota corazón, los que vestimos el eterno bombo ó sotana, y las autoridades de lezna y azadón. Está Ud. adolorido, Sr. Kemis, me parte el alma; y más que todo tener que hacerle las siguientes observaciones que, sin mi querer, acabarán de lacerar su tierna y estética sensibilidad. *Por Venus*, tenga paciencia con estas adversidades que su patriotismo le acarrea. Esta diosa sabrá presentar su sacrificio al dios Júpiter, quien lanzará rayos, y, oh! pobres de nosotros!

1.^a En el clericalismo comprende Ud., Sr. Kemis, á su digno Párroco, del que tan justos elogios hace; ojalá sean sinceros, desinteresados y constantes.....

2.^a En el Sermón del Sagrado Corazón de Jesús, acremente censurado por Ud., Sr. Kemis, no hablé, en concreto, del Liberalismo, sino de la Revolución; pero esta antítesis es tan natural, como al hablar de la hermosura de la luz, ponderar el horror de las tinieblas. Y si Ud. es amante del Corazón de Jesús, como lo dá á entender en su escrito, debe amar lo que el Corazón de Jesús ama, y detestar lo que El detesta: debe ser contrarrevolucionario, porque la Revolución es la enemiga antigua ó incontrastable de Jesucristo: es la antigua serpiente de que hacen mención no sólo el judaísmo y el cristianismo, sino todas las religiones, mayormente la de los Indostanes y la de los Chinos: es la encarnación del ángel rebelde opuesta á la humanización del Verbo Divino. Si Ud., Sr. Kemis, es amigo fiel y verdadero de Cristo, como lo decanta, debe participar de la vida divina de Cristo, que se desborda de su Corazón á su

cuerpo místico, como el mar por la tierra formando ríos; ó como la savia que fecunda el injerto cuando éste se halla unido á la cepa. Y en tal conclusión, ¿por qué le lastiman mis palabras? ¿Qué otra cosa dije sino que el amante del Corazón de Jesús debe sentir otro tanto, ó como Jesús siente?

¿No será, Sr. Kemis, porque el Liberalismo, noviciado del Francmasonismo, es la penúltima forma de la Revolución, como ser el Republicanismo la última y el Racionalismo la antepenúltima, etc.?

Con esto se ve ya la razón de su dolor: por haberle herido la mas querida prenda de su corazón, cual es el Liberalismo, creyendo como muchos ilusos, que el Liberalismo es la doctrina de la libertad. Mas lo cierto es, que ni el racionalismo defiende los fueros de la razón, ni el liberalismo los de la libertad, ni el Republicanismo los de la República, sino todo lo contrario. El Racionalismo, privando á la miopie razón humana de su indispensable anteójo llamado Fe, dejándola en su impotencia, la somete á los sentidos puramente animales, cual la señora de un hogar á los criados estúpidos y tiranos. El liberalismo confundiendo satánicamente los dos conceptos de libertad ó independendencia, desliga al hombre de Jesueristo, autor de la verdadera libertad, y lo sambulle on el caos babilónico del libertinismo, antipódicamente opuesto á la libertad como lo dice el mismo Jesueristo. «Todo el que comete pecado es siervo del pecado;» [31] Por esto Alcuino inspirado en la sentencia evangélica, definió ante Carlo Magno la libertad así: «La libertad es la inocencia.» Y el Republicanismo, fanfarroneando los derechos del hombre, estampados en su atrevida bandera roja, desconoce los de Dios en la sociedad civil, estrechándolos al recinto del templo, sometidos por supuesto, al fantástico Dios Estado; y abre, así la puerta á la demagógica anarquía ó supremo desconcierto de la verdadera República, mal gangrenoso que está pudriendo el corazón de las jóvenes repúblicas latino-americanas. Tan palmaria es esta verdad del desenfreno de la democracia, que desde la más remota antigüedad se ha experimentalmente reconocido; véase sinó lo que dice Horacio, poeta latino mucho antes del cristianismo:

«Dii te minorem quod geris imperas;
Hinc omne principium, hunc refer exitum,
Dii multa neglecti dederunt
Hesperia mala luctuosæ.» [32]

«Tu mandas al mundo [se refiere á Roma], porque

te has sometido á los dioses, á este principio se atribuye toda tu grandeza, á su olvido tu ruina. Los dioses que habían sido olvidados, han enviado á la desgraciada Hesperia (Italia) todas las calamidades bajo las cuales gime.»

No se crea por esto que el Sacerdocio Cristiano, sea adverso á la República democrática; observe, Sr. Kemis, en comprobación de las simpatías que siempre ha tenido por esta forma de Gobierno la Iglesia, lo que dice el más Sabio de los Sacerdotes de la edad media y aún de la moderna, el Fraile dominico Tomas de Aquino:

«La buena organización política exige una cosa esencial, esto es que todos tengan alguna parte en el principado (en el gobierno). Este es el verdadero medio de conservar la paz en una nación y de hacer que el pueblo entero ame y defienda su constitución.» (33). Además son muy recientes las sapientísimas Encíclicas de Su Santidad León XIII sobre esta materia. Tómese el trabajo de estudiarlas y verá en ellas torrentes de luz que vindican la Iglesia de las afirmaciones calumniosas de tantos nauseabundos papeluchos, como el *Republicano*, *Gaceta*, *Linterna*, *Alacrán* etc. Cada uno habla de lo que abunda el corazón.

Tomás de Aquino y León XIII, con la luz celestial que los irradia el Corazón de Jesús en cada una de sus palpitaciones; y los recriminadores de los sacerdotes con los relámpagos siniestros del averno, con que los ofuzca Luzbel.

3.^a La Revolución, ó la causa de sus irresistibles simpatías, Sr. Kemis, cuyas heridas tanto le duelen que le hacen prestar al león sus estridentes rugidos, y acaso, al buho lloroso del desierto sus dolientes quejas, no es de hoy solamente su existencia, ni de ayer, ni antes de ayer. Antes de todas las edades, y en la misma mansión de Dios, el orgulloso Luzbel, entreviendo la encarnación del Verbo divino Jesucristo, inició la Revolución con el lema de su bandera, que dice: «Non serviam.» «No me someteré á ese Dios hombre» y arrastró en su secuela á la tercera parte de los Angeles.

Este desheredado del Cielo, Jefe de la Revolución, bramando de furor y poseído de envidia, fascinó luego á Eva y por su medio á Adán, complicando, así, en su rebelión á los troncos de la humanidad. Hizo otro tanto con Caín, primer descendiente de Adán, y con todos sus portaestandartes, hasta cuando la hija predilecta del Altísimo apareció en la tierra, sin el conta-

gio original de su padre Adán. Afanado entonces el Jefe de la Revolución, por las dotes con que vino al mundo adornada esta mujer, dotes superiores á las del más encumbrado Serafín, hizo brotar de los abismos todas sus furias contra Ella y contra su Hijo, en quienes veía la realización del plan divino, y los demolidores omnipotentes de su secular imperio. Vencido en el Calvario, no ha desistido, empero, de la revolución contra el Verbo, encarnado en las vírgenes entrañas de aquella Mujer, llamado Jesucristo. Y, así, que haya continuado entronizándose en el corazón de los hombres hasta en nuestros días; y continuará hasta el fin de los siglos, para revolucionarlos contra su divino Libertador (Jesucristo), Sr. Kemis. No siempre llamó Luzbel á su alianza humana con su propio nombre; éste no data sino desde 1789, cuando la Asamblea Constituyente de Francia, tuvo la franqueza de apellidar Revolución aquel movimiento subversivo del orden social cristiano. Antes de entonces tomó la Revolución de Luzbel el denominativo de sus Cerifeos. Sucesivamente se la conoció con los de Cainismo, Cananeos, Idumeos, paganos (con mil nombres en las diversas naciones del globo), Fariseos, Saduceos, Nicolaitas, Nésticos, Montanistas, Valentinianos, Arrianos, Nestorianos, Eutiquianos, Pelagianos (quienes por vez primera escribieron el primer artículo del Credo de la Revolución de 1789 en el siglo IV, y que fueron combatidos por San Agustín), Maniqueos, Albigenses, Protestantes, Hugonotes, Jansenistas, Racionalistas, Espiritistas, Positivistas, Fracmasones, Liberales, (32) Modernistas ó Americanistas y Republicanos (33). Para combatir la Revolución, en sus indefinidas manifestaciones, Dios ha suscitado sus capitanes, desde Miguel en el Cielo hasta Pío X en los albores del siglo veinte del cristianismo ó sesenta de la creación.

4.^a Hoy más que nunca, Sr. Kemis, la voz del Vicario de Cristo, Jerarca de su Iglesia, es obedecida en el universo mundo, católico como si se oyera al mismo Cristo. El eco del sucesor de Pedro lo representan los Patriarcas, los Primados, los Arzobispos, los Obispos, los Religiosos y los Párrocos, aun de las más retiradas aldeas, cual es la del que suscribe,

Ya se acabaron las diferencias de las Escuelas Tomistas, Molinistas, Congruistas, pasaron á la historia, y desaparecieron. Todos somos un solo cuerpo compacto, sin costura, cual la túnica inconsútil del Salvador. Agustinos, Dominicos, Franciscanos, Jesuitas,

Lazaristas, Salesianos, Redentoristas, Carmelitas, Mercedarios, Maristas, Trinitarios etc. con el Clero Secular formamos un solo Coro, de cualesquiera naciones que seamos. En el Corazón de Cristo, Sr. Kemis, todos cabemos, allí no hay extranjeros, allí nos damos estrecho abrazo, allí chupamos la común savia que transmitimos á nuestras feligresías, y allí, en fin, nos comunicamos con la Iglesia triunfante, y la purgante.

Es, Sr. Kemis, el Corazón de Jesús el amable tabernáculo en el que viven los escogidos del Señor de que habla David, (34) la familia selecta según el Apóstol, la nueva y noble progénie de que habla Virgilio (35). ¡ Ah Sr. Kemis, si Ud. aunque fuera liberal, no lo fuera en religión y así pudiera entrar y gozar de las inefables dulzuras de que gozamos los habitantes de esta Nave Celestial, alborozado de júbilo vendría á decir á sus partidarios: «Mejor es un día en el tabernáculo de Jesús que diez mil en los tabernáculos del mundo!» (36). ¡Cuánta fuera, Sr. Kemis, su felicidad, si Ud. viniera vinculado con sus hermanos por la caridad de Cristo, en vez de agonizar riñendol! ¿En vez de «cocear contra el aguijón», como dice Ud., por lo que ha oído? ¡ Cuán diferente fuera, así, su lenguaje, su suerte y la de su pueblo!

5.^o El espíritu de rebelión del que he venido hablando, Sr. Kemis, encarnó en el año de 1521 en el corazón del soberbio padre Lutero; y este hombre funesto abrió con el examen libre ó interpretación de la Sagrada Escritura, amplio campo á todas las furias contra el Area Divina de Cristo capitaneada por el Romano Pontífice.

Vino, pues, Lutero con las diversas sectas en que se ramificó la reforma, llamada protestantismo, á ser la gran Bestia de siete cabezas, y en cada cabeza diez cuernos, anunciada por San Juan (37). ¡Cuántas borrascas de sangre católica procuró esta gran Bestia en el universo mundo! La historia las refiere imparcialmente, Sr. Kemis. Esta Bestia, animada del espíritu infernal, valiéndome del hablar apocalíptico, parió un dragón rojo llamado Fraemasonismo, el cual mamó de su madre la rabiosa saña contra el Catolicismo. Las primeras y tremendas dentelladas fueron en 1789 al Santo Arzobispo de Paris, al Abate Fenelón, á los muy cristianos Reyes Luis XVI y su esposa María Antonieta, á los incontables mártires de aquella hecatombe que duró años, sin cesar á ninguna hora de tronar cabezas el encarnizado Dragón. Todo individuo que repugna-

se pisar el retrato de Cristo *Crucificado*, ponérase el *gbrro frigio* (rojo) y quemar incienso ante la *infrática* *mujer prostituta*, llamada *diosa razón*, colocada en el *Sagrario* en vez de Cristo *Sacramentado*, era *bocá lo sabroso* que engullía en sus aceradas fauces el *enfermo* hijo de la gran Bestia. Hubiérase acabado París, á no haberse impuesto Emperador el Cónsul Luis Napoleón, sobre las furias que de entonces acá se han llamado «Revolución.»

6.º Este Dragón rojo, hijo de la gran Bestia, dió entonces el zarpazo á la América, especialmente á la Nueva Granada, llamada ahora Colombia, nuestra amada Patria, Sr. Kemis; proclamó los derechos del hombre, á todo viento; y empezó su sanguinaria revuelta contra Cristo y su Sacerdocio ó Clero, revuelta que aún perdura, revuelta que ha formado lagos de sangre fratricida, sin que pueda recorrerse una jornada de camino sin pisar osamentas de colombianos sacrificados por el Dragón.

Recorramos someramente la Historia Patria y veremos la justicia de los irrefutables cargos que gravitan y gravitarán sobre los lomos del Dragón rojo, hijo de la gran Bestia, llamado Revolución. Pero antes de enunciar tales responsabilidades, que tizarán siempre la memoria de su causa, observe, Sr. Kemis, que no digo, sobre el partido político denominado Liberal, sino sobre la Revolución, renómbrese como se quiera, (42) la que ha tenido la astucia de usurpar el bello nombre liberal para escondar sus iniquidades, como su madre usurpó el de cristianismo puro para los suyos.

Hecha esta salvedad, prosigamos, Sr. Kemis: ¿por qué no son hoy Casanare, San Martín, el Caquetá, el Apure, el Chocó, la Goagira, etc. emporio de riqueza, de civilización y de toda grandeza, como lo serían al no haber expulsado á la Compañía de Jesús etc. cuando más florécientes se hallaban sus evangélicas misiones, cuando fundaba ciudades y pueblos en aquellas comarcas; cuando hacía caminos por sobre los riscos más escarpados de la cordillera oriental de los Andes, en unas partes, y en otras, por las cuencas de los ríos, venciendo dificultades sin cuento, dificultades que, al verlas, los ingenieros de mayor capacidad se pasmaron hoy de espanto y admiración? ¿Quién arrancó del insulso rey Carlos III la horrenda Pragmática para expulsar á la ínclita Compañía de Jesús etc. de los dominios españoles, especialmente de la Nueva Granada, dejando en nunca bien sentido abandono, que debie-

ra lamentarse llorando sangre con los inconsolables acentos de Jeremías, la catequización cristiana de las vigorosas tribus salvajes, la irradiación de la luz de la ciencia en sus numerosas cátedras, y el milagroso impulso á la civilización, bajo todos aspectos? ¿No fue el revolucionario Conde de Aranda, en cuyas manos se entregó el estúpido Rey, el autor de tan consecencial iniquidad, á la que nunca se podrá anatematizar bastante? ¡Qué gemidos no se han levantado y se levantarán al cielo, del pecho moribundo de los infelices salvajes, víctimas de la asesina cuchilla de los que ayer y hoy han tenido y tienen el cinismo de decantarse apóstoles de la civilización revolucionaria! ¿Quién tiñó por vez primera, con sangre fratricida, el suelo de la Nueva Granada en la revuelta llamada Patria boba? ¿No fue la contienda entre dos revolucionarios, Nariño y Baraya?

¿Por qué no es Colombia uno de los países más opulentos del mundo poseyendo tan ricas minas de oro, de plata, de piedras preciosas etc?

¿Por qué en cien años de *independencia* se hallan aún en estado embrionario las artes, la agricultura, la botánica etc., yendo Colombia á la retaguardia de los demás países de su edad?

¿Por qué está hoy Colombia en la picota del escarnio, flagelada por la cobarde y pérfida Nación que ayer no más de hinojos imploraba de Bolívar, fundador de Colombia, fuera á libertarla de la coyunda española, y de Sucre el perdón de sus primeras infamias?

¿Por qué á la voz de *¡silencio!* se pierde el grito estentóreo que esta Patria querida dirige á sus hijos para que la socorran, cuando el descorazonado descendiente de los hincas le tiene puesto en la garganta el asesino puñal?

¿Por qué los lamentos de los buenos hijos se califican como imprudentes y antipatrióticos?

¿Por qué ante el lecho de la moribunda Colombia tantos de sus hijos, en vez de concurrir á salvarle la vida, se disputan los tesoros de su madre, convocan nuevas reuniones, se irritan hasta el frenesí por discutir una friolera, se dividen y subdividen, se unen hoy, riñen mañana, se vituperan, se amenazan, tienden sus estoques aun por sobre el lecho de la moribunda, desgarrándole, así, sus maternales entrañas; y si algunos protestan y proponen que en vez de tan enormes gastos se economice algo suprimiendo Departamentos inútiles, dejando sólo provincias y municipios etc., se les enrostra el apodo de nuevo cuño de «Runtanos» etc.?

¿Por qué se acallan los doloridos lamentos de nuestra amada Patria adormeciéndola con un brevaaje compuesto de drogas de colores rojo y azul que llaman «Republicanism?»

¿Por qué las frecuentes, estériles y gravosísimas reuniones de ciento y más facultativos discordantes en todo, menos en la conveniencia de la repetición de las juntas; del aumento de pensiones hasta á los gatos de algún guerrero; de la continuación de los enormes sueldos; en lugar de una cada cuatro años, y en el intervalo, un buen Consejo con delegaciones convenientes?

De todo esto y mucho más, infinitamente más, es responsable, Sr. Kemis, la Revolución por su gangrenosa política *benthamista* y maquiavélica que ha logrado inocular en el organismo colombiano.

De aquí el que al sucumbir la gran Colombia por la invasión en ella del hediondo virus ó venenoso cáncer de la Revolución, se dijera:

«¿Por qué la Patria triste y afligida
Cubre su rostro en lágrimas bañado,
Y sobre el mármol del sepulcro helado
Jura acabar la malhadada vida?»

¿Por qué la Independencia dolorida,
Deja el laurel marchito y deshojado,
Que en los campos de Marte había segado,
Y fue con él su frente ennoblecida?

¿Por qué la libertad, antes vestida
De colores que al iris ha prestado,
Abandona su símbolo encarnado
Por el luto de viuda desvalida ?

¡Ay! bastante esa tumba lo refiere:
¡Colombia toda con Bolívar muere!»

(Doctor Zola)

Aquí yace la difunta
Colombia, que dió en el tema
De adoptar tanto sistema
Que al fin se quedó consunta.
Cayó en poder de una junta
De aprendices de Solón,
Que por mera incitación
Le aplicaron la leyenda;
Say la dejó sin hacienda
Bentham sin legislación.

Sí, Sr. Kemis, la Revolución fue quien dió la primera estocada en el pecho de la gran Colombia, fusilando, ó mejor dicho, asesinando al cristianísimo héroe, en cien batallas, especialmente en Cangonal y en las Querasas del Medio, al lado de su Jefe Páez, en Pantano de Vargas y Boyacá al lado del Libertador; asesinó, digo, con verdad, al Coronel Leonardo Infante, nobilísimo, aunque negro, Bayardo de Colombia, la grande!

¿Y por qué lo sentenció á muerte la Revolución? por ruin venganza, por cobarde miedo. ¿Y quiénes fueron los jueces encarnizados, cuales los de la casta Susana, que contra todo derecho, y apesar de la jurídica lógica del Dr. Miguel Peña, quien protestó como Presidente de la Corte, lo condenaron á la pena capital en la plaza mayor de Bogotá? Fueron los Patriarcas de los que hoy, Sr. Kemis, tanto declaman contra la pena de muerte! Fueron los Revolucionarios llamados liberales, Dres. Vicente Azuero y Francisco Soto. Estos mismos con el General Santander, dieron la segunda estocada á la gran Colombia, acusando al mencionado Dr. Peña ante el Congreso, por no haber firmado el nefando asesinato de Infante, obligándolo, así, á refugiarse en Venezuela, al amparo de su ya sentido (con Nueva Granada) Jefe Páez.....

Y los mismos parricidas, Sr. Kemis, dieron la tercera estocada á la gran Colombia, intrigando ó maquinando la acusación del eximio Jefe del ejército victorioso en Paya, en Vargas y en Boyacá, el General J. Antonio Páez, ante el Congreso; y por qué? por vergonzosas emulaciones; por el pánico que les inspira este memorable genio y porque lo miraban como impedimento para sus maquiavélicos planes ulteriores! Sí, Sr. Kemis, la Revolución fue la que, á nombre de la República, contrajo la primera deuda exterior; y para qué? en su mayor parte para fundar las logias ó misteriosas guaridas en donde el Dragón rojo decretó la muerte de los servidores de Cristo; la corrupción de la juventud y las contiendas que ensangrientan á las naciones.

Y con esto se dió, Sr. Kemis, la cuarta ostocada á la gran Colombia.

La Revolución, mientras que el Libertador llevaba las armas victoriosas de Colombia hasta el Potosí, luchando como un gigante, traiciona, en Bogotá, su confianza, seduciendo á los estudiantes, y adulterando hechos para formar el nefando y parricida

partido antiboliviano, que aún subsiste con otros nombres; y con esta escandalosa felonía dio la Revolución la quinta estocada en el pecho de la gran Colombia. ¿Y quiénes por entonces impedían la prematura muerte de Colombia?

Eran los Sacerdotes y Clérigos, y principal entre todos el Dr. Margallo, por lo que mereció el odio del Jefe de la Revolución.

La Revolución, Sr. Kemis, celebra en Bogotá las perfidias de los peruanos contra el Libertador, contra el General Sucre y contra Colombia; por lo que se ve, esto de hoy, es maña vieja transmitida á los nuevos revolucionarios, sólo falta otro Obando y otro López que se pronuncien en Colombia como generales peruanos y un Moreno como general venezolano. Con esta insólita iniquidad, cual la del Conde D. Julián con D. Rodrigo, en la vieja Granada española, único precedente en la historia, dio la Revolución la sexta estocada en el pecho de la gran Colombia! Y cómo pudo la Revolución cegar tanto el entendimiento y emponsoñar el corazón, para desconocer las grandes virtudes del Libertador? dando á torrentes disolvente doctrina de Bentham y Tracy en los Colegios: y en la calle alucinando al ignorante pueblo, con promesas de libertinaje, de muy semejante manera que ahora. Siempre ha usado la Revolución la misma táctica. Cuando hay un gobernante como Bolívar que sostenga el octavo artículo de la ley soberana y natural que veda la mentira y la calumnia en toda forma, de palabra ó por escrito; que castigue la prostitución; que coarte la ferocidad del asesino y los asaltos del ladrón, se le denomina, al instante: ¡Cruel tirano! y el gobernante que se haga el sordo á los lamentos de las víctimas, aunque nada haga en el bien público, ni material ni moral, es un gobernante prudente, benéfico y patriota. ¿No es así, Sr. Kemis?

Dio la séptima estocada en el pecho de la gran Colombia la Revolución, cuando hallándose el Libertador en Venezuela debelando con su genial dulzura al bravo Páez, justamente irritado, se desborda la «Gaceta Oficial» de Bogotá en vejámenes contra Bolívar y Páez, correspondiendo pérfidamente á la indulgencia sin límites con que trató el magnánimo Bolívar á sus convictos traidores, á su paso del Perú para Venezuela, y la condescendencia encomiable de Páez en disponer sus invencibles armas ante el Padre de la Patria y en aras de la vida de Colombia! Y ¿cuál fue el móvil

de tan incalificable iniquidad? Fue la envidia, Sr. Kemis, por la espada que el Libertador donó al benemérito General Páez, fundador del ejército, como ya se dijo, que en las jornadas de Vargas y Boyacá selló la independencia de Nueva Granada.

Dio la octava estocada la Revolución, Sr. Kemis, en el pecho de la gran Colombia, cuando reunida la tumultuosa Convención de Ocaña, se lanzaron á todo viento las más infames y negras calumnias contra el Libertador acampado en Bucaramanga. ¿Y qué le recriminaba la Revolución al Libertador? Mil falsedades, tales como la aspiración á la corona real que él rechazó cuando se la ofrecieron el General Páez por medio de D. Leocadio Guzmán, el mismo General Santander (antes de su hipnotismo obrado por los revolucionarios Azuero y Soto); y el Consejo de Ministros de Bogotá. Y ¿qué fundamento ostensible tuvo la Revolución para tan encarnizado odio contra el General Bolívar? Nada más que el haber propuesto la adopción de la Constitución Boliviana que encallaba las tendencias demagógicas y la única tabla en que habría podido salvarse la antigua gran Colombia y aun la nueva mutilada. (43) Pero ¿cuál fué el fundamento real y elucubrado en la Logia? No otro, Sr. Kemis, que el ser Bolívar muy amante de Cristo y fiel hijo de la Iglesia, objeto de las furias del Dragón rojo ó francmasonismo.

Dio la novena estocada la Revolución en la cabeza de la gran Colombia, cuando fraguó y consumó el 25 de Septiembre la sedición más horrenda que relata nuestra Historia, sedición que debiera hallarse escrita en página negra, página que ojalá pudiera lavarse dejando de memorarse el nefando día, cuyo recuerdo afrentará hasta el fin de los siglos á los colombianos que tengamos un átomo de pundonor: sedición parricida, cuyo castigo impuesto por la Ley eterna del Supremo Legislador, á los hijos ingratos, se ha venido realizando, se está acentuando y se agravará más y más cada día, si no la expiamos rehaciendo la gran República Cristiana que constituyó el Congreso de Angosturas, bajo la égida del Corazón de Cristo, incommovible fundamento y principio de todo bien, como el Apóstol San Pablo lo llama.

A ¿quién temeríamos los colombianos, quién impunemente nos flagelaría, quién mutilaría nuestro sagrado territorio, si El fuera nuestro refugio, en vez de la engañadora Logia? Bastó que Gedeón mostrara un

débil símbolo del escudo divino ó, sea del Corazón de Jesucristo, para difundir el pánico y el desconcierto en el numeroso Amalec. ¿Cómo fuéramos con la realidad, no en nuestros vestidos, sino en nuestros corazones? Por eso el Sacerdocio de Cristo, Sr. Kemis, es invencible! Bien pueden atacarlo todas las legiones infernales, enca, nadas en los hombres, él siempre airoso y victorioso como Noé, se levantará en su Arca divina!

Dio, Sr. Kemis, la Revolución, la décima estocada en la vida de la gran Colombia, cuando los revolucionarios de aquende el Carchi, especialmente los entonces Coronales Obando y López, hicieron alianza con el ambicioso peruano La Mar, quien ya pretendió avasallar el territorio colombiano y destruir la obra gloriosa del genio más alto de la América, ó sea de Bolívar. Estos dos funestos jefes revolucionarios, temblando como gozques ante el león, se humillaron al Libertador en Pasto, después de la victoria del General Sucre en Tarqui; se amistarón con otro hombre funesto, el Coronel Mosquera, vencido poco antes por ellos, y juntos tres engañaron y predispusieron al Libertador contra el héroe inmortal y malogrado por ellos General Córdoba, otro de los óbices de sus pérfidas ambiciones, quien les habría hecho morder la tierra a los traidores del 25 de Septiembre.



Dio, Sr. Kemis, la undécima estocada la Revolución al corazón de la gran Colombia Cristiana, cuando sedujo á muchos de los fieles amantes del Libertador, Diputados al Congreso del año 1830, y los comprometió á prescindir del Padre de la Patria y elegir para la Presidencia y la Vicepresidencia á hombres, aunque buenos en lo demás, ineptos é incapaces para mantener la integridad de Colombia, minada por el maquiavelismo revolucionario; y todo esto, en concordancia con los revolucionarios de Venezuela y aun del Ecuador.

Logrado esto, no se pueden mesurar ni calificar los insultos que los revolucionarios comunados entre granadinos y venezolanos, le lanzaron al magnánimo Bolívar, autor de la independencia Sur-Americana, héroe católico, victorioso en mil batallas, y tipo de la genuina libertad cristiana. Solitario, pobre, triste y abofeteado por la Revolución, salió de Bogotá para la Costa, en dirección á refugio extranjero, este hombre más grande que todos los demás de su época.

La furia revolucionaria llegó hasta la vergonzosa ruindad de improbar el gasto de unas varas de saraza

con que se forró la pequeña embarcación que tomó en Honda.

Herido ya el corazón de la bizarra Colombia, que había llenado el universo con la fama de su atlética gloria, decretó la Revolución la puñalada que le ultimara la vida, y esta puñalada mortal y postrera se la dieron los ya generales Obando y López, asesinando al gran Mariscal de Ayacucho, apenas inferior á Bolívar, el Católico General Sucre, el brazo derecho del Libertador y sostenedor de la unidad de Colombia. Muerto Sucre, quedó herido el Padre de la Patria y expiró la gran Colombia! A poco intervalo cerró sus brillantes ojos el genio de la libertad cristiana, el que hizo bambolear el trono de Fernando VII y rompió en Sur-América la coyunda española, el noble hijo de Caracas, el amante de Bogotá, el impertérito Capitán desde la Guayana hasta el Potosí, el dulce, el indulgente y más que todo el cristianísimo General Simón Bolívar!!

Ya ve, Sr. Kemis, como la Revolución torturó y sacrificó al fundador de Colombia, á sus más esclarecidos héroes y á ella también. Estas son sus glorias. ¡Qué poderosa, qué rica, y qué temible fue Colombia en su corta vida! Apenas nació la bendijo el Vicario de Cristo, Su Santidad León XII; se apresuraron las más famosas Naciones del mundo, como Inglaterra, los Estados Unidos y Francia, á saludarla y pactar alianza con ella. Hoy fuera el árbitro de Sur-América, muy superior á la Argentina, Chile y el Brasil; con un pie en el Atlántico, el otro en el Pacifico, un brazo en el mar Caribe, el otro en el río Amazonas: surcada por los caudalosos Orinoco, Magdalena, Meta, Apure, Caquetá etc. etc., sus escuadras marina y fluvial estarían á la altura de las de Norte-América. En vez de estarnos bañando en lagos de sangre fratricida, tanto en la Nueva Colombia, como en Venezuela y Ecuador, estaríamos en el centro de la civilización cristiana, explotando los secretos de la electricidad y del vapor. Ya estuvieran civilizados todos los salvajes. Los caminos de hierro se cruzarían en todas direcciones, mayormente en los Llanos. No serían las tabernas de la inmunda chicha, las cátedras de pestilencia en donde se discute de altas cuestiones, y se acuerda la muerte de un padre de familia cristiano, y aun de un Párroco celoso, hasta del Prelado y del primer Magistrado de la Nación; en vez de estar censurando á los predicadores del Evangelio, los bizarríos jóvenes estarían oyendo la doctrina de la verdad infinita con reverencia, y luégo ocupando su

lozana musculación en las máquinas del progreso material (44). En las Legislaturas se decretarían premios á los inventores de nuevas obras y máquinas, en lugar de pensiones para sostener la molice; se decretaría en vez de la creación de nuevos destinos para dar de comer á los zánganos, la fortificación de puertos, el aumento de la escuadra, el adelanto de la agricultura científica y de las artes mecánicas. En vez de insultar á la Iglesia y prohibirle el culto público y hasta el traje sacerdotal, como lo ha hecho donde quiera la Revolución, (45) la ayudarían como base primordial de bienestar y vida, los prohombres de la República cristiana, cual la concibió su inmortal fundador Bolívar. Para hacer respetar la integridad y la grandeza de la Patria, tendríamos hombres hábiles, activos y organizadores intrépidos, para volar como el Libertador, Sucre y Córdoba el año de 1829, á la defensa del honor y territorio nacionales, contra los mismo ambiciosos é ingratos que hoy flagelan á la moribunda hija de la gran Colombia, sin poder decir los colombianos como entonces el General Flórez: «Alto y frente», al pretencioso Lamar (46). No pueden, porque el cáncer revolucionario los ha dividido y subdividido en mil fracciones, tan enemigas entre sí como tirios y troyanos. No pueden, porque el cáncer revolucionario envenenó los corazones de los colombianos y en lugar de la confianza en el poder de Dios, se tiene únicamente en los medios humanos, con muy honrosas excepciones. No son suficientes los medios puramente humanos, sin el influjo divino, porque aunque sean copiosos y formidables como los del Imperio Romano, no impiden la catástrofe, cuando al Señor de los Ejércitos place castigar á los pueblos que lo vulneran y blasfeman, entregándolos al poder de sus enemigos y así convirtiendo en elemento enemigo los mismos fundamentos de la confianza impía. Las inexpugnables murallas construídas por Nitocres para el resguardo de Babilonia, no detuvieron al conquistador Ciro, enviado por Dios para destronar al sacrilego Baltasar y demoler el Imperio de los Caldeos. El oro de los persas sirvió á Alejandro para dilatar sus conquistas en la misma Persia.

Y este colosal imperio griego, cuando se hizo verdugo del pueblo de Dios, se volvió añicos y sirvió de sabrosa golosina á los romanos.

El sin igual imperio romano llevó sus triunfantes águilas hasta los confines del mundo; pero cuando se corrompió, y se embriagó con la sangre del cristianismo,

ráyó humillado bajo los redoblados golpes del hacha destructora de los bárbaros del Norte que habían olfateado desde Breno sus ingentes riquezas.

No se ponía el Sol, en los dominios españoles; pero cuando esta monarquía, abusando de su poder, apagó la luz del Evangelio, expulsando á la Compañía de Jesús, se desmoronó. Las armas del pacificador Morillo le sirvieron á Páez primero, y después á Bolívar, con ellas mismas se abatió al infatuado hijo de Carlos III en Vargas y Boyacá, etc.

Así, pues, Sr. Kemis, la gangrena revolucionaria contra Dios ha causado y está causando en los tejidos de la lozana Colombia, análogos efectos á los que produce la gangrena sífilítica en el cuerpo del joven que á fuerza de abusar de su vitalidad, anticipa su vejez. Así exclamaba una inda guahiba, al ver el cadáver de su hijo muerto prematuramente:

«¡Oh hijo mío! oh hijo mío, cómo se te volvió noche en la mitad del día!!»

Por eso nos contentamos hoy los colombianos con alharacas, sin dar un paso eficaz y rápido, cual las circunstancias lo requieren, para la defensa del territorio y honor colombianos.

¿Y quién puede gloriarse de haber providenciado el remedio de tan inminente mal? Sólo el Jerarca del Clero de Colombia, el Illmo. y Rvmo. señor Arzobispo Primado!, Sr. Kemis, cuyo eco han repercutido y están repercutiendo los Obispos y los Sacerdotes como el ilustre Jesuita, Padre Salcedo, en Medellín etc. Esto sí es patriotismo *porque obras son amores y nobuenas razanes*, Sr. Kemis.

Cuánto mejor sería que mientras Ud. y tantos otros insultan á la Iglesia de Dios, hablaran sobre la reintegración de la gran Colombia, más bien, como el medio humano de evidente seguridad para recuperar la prístina grandeza y la repetición de la batalla del Portete:

Ya ve, Sr. Kemis, por la historia, si Ud. tiene ojos para ver, cómo la Revolución fue el verdugo de la gran Colombia cristiana, ha sido, es y será la causa del descrédito, del empobrecimiento, de la anarquía, de la enervación moral, del atraso científico, de los ríos de sangre fratricida, y en una palabra, de todas las desdichas que han lacerado, lacerarán y laceran á las cuatro fracciones que formaban á la gran Colombia, en tanto que no se curen de tan naseabundo cáncer, y restablezcan su despedazado pabellón que flameó en mano de Bolívar, Páez, Sucre, Córdoba, Santander, Urdane-

ta etc., desde las Queseras del Medio, de triunfo en triunfo, hasta las cumbres del Chimborazo y del Potosí. ¿Qué dicha fuera esta tan grande, aunque la Capital no fuera ni Bogotá, ni Caracas, ni Quito!

Entonces serian motivo de justa gloria, en lugar de blanco de maldiciones, sus hombres, que cual Bolívar, Páez, Urdaneta, Arboleda, Núñez, Caro, etc. se propusieran el enriquecimiento de su Patria, en vez del desenfreno del populacho.

Pero no debemos pasar, en silencio, sobre las culminantes escenas de la Nueva Colombia ó antigua Nueva Granada, después de la separación lamentable de Venezuela y Ecuador.

¿Qué ha dado la Revolución digno de honor?

Rebúsquese cuanto se quiera y nada se hallará.

Ni un colegio, ni una miserable escuela, ni un hospital, ni una escuela de artes, ni un plantel de catequización de salvajes, ni un camino propiamente dicho, ni menos una cuarta de ferrocarril, ni un estímulo á la agricultura científica, ni una organización naval, ni siquiera fluvial, ni organización de la indispensable escuadra, ni la fortificación de puertos, ni siquiera la terminación de su desplomado capitolio: nada, nada, nada. ¿Y en qué ha empleado sus energías intelectuales y morales?

Sólo en declamar contra la Iglesia de Cristo, acusándola de oscurantista, de retrógrada, de empedrecedora, etc. etc.

¿Y en qué más? En torturar al santo Dr. Margallo por el delito de haber predicado contra las doctrinas socialistas de Bentham etc.; en desterrar á la inclita Compañía de Jesús, primero, y después á los Illmos. Arzobispos y Obispos Mosquera, Herrán, Arbeláez, Restrepo, Riaño, González, Bermúdez y Parra. ¿Y en qué más? En arrebatárles á las Comunidades é Iglesias sus cuantiosos bienes para darles á los foragidos y sicarios, (sin ningún provecho de la nación), los muchos millones de pesos oro que valían tales fincas, dejando á los religiosos en la calle, y á los pobres sin el amparo que antes tenían en las comunidades, tanto para dar pan á sus hijos, cuanto para cultivo de sus inteligencias. ¿Y en qué más? En legislar para que Jesucristo no salga á la calle, cuando se lleva á los enfermos, sino como oculto vergonzante; para la creación de escuelas laicas sin Dios; para salvar á los asesinos y malhechores, á fin de que á diestra y siniestra puedan ejercer sus tigrunos instintos, privando de la vida á quien les

plazca, sin que la autoridad civil, en nombre de Dios, pueda quitarla á los malvados para que no infesten el resto del cuerpo social; y así mismo á fin de que sin responsabilidad ni castigo se pueda denigrar por la prensa las más acrisoladas reputaciones. Esto é infinitamente más ha sido la obra de la Revolución, como Gobierno y como partido, en cien años de independencia.

Y por el contrario, ¿cuál es la obra del Antagonista de la Revolución ó sea el Sacerdocio de Cristo, ya en el universo mundo, ya particularmente en la nueva Granada, ó nueva Colombia? El reivindicó en todo el orbe los derechos de la mujer en la sociedad cristiana, y, por él, no es vendida en los mercados ni considerada como esclava del hombre. El ha venido rompiendo las coyundas de la esclavitud en todas las edades. El salvó la civilización antigua, fundamento de la moderna, de la tea incendiaria de los bárbaros que á la manera de la lava de un volcán incineró al grande imperio romano. El ha enriquecido á las ciencias con los más sorprendentes y útiles descubrimientos como las leyes del sistema planetario por el Cardenal de Cusa y el Canónigo Copernico etc. etc.

El ha dulcificado sin efusión de sangre el carácter de los salvajes, tanto del viejo como del nuevo mundo etc. El con Ignacio de Loyola á la cabeza, contrarrestó el empuje de la gran Bestia personificada en Lutero, que ansiaba hundir en su voraginoso seno al mundo entero; y más tarde al Dragón rojo ó Revolución que aún ruge con furor pretendiendo borrar de sobre la haz de la tierra el nombre cristiano.

Cuando Lutero quemaba la Bula del Papa en Witemberg y divorciaba sus hábitos para socavar los fundamentos de la sociedad, Ignacio de Loyola en Monserrat recibió de Cristo la misión de salvarla y desde entonces todo el mundo católico es admirador de la inclita Compañía de Jesús. El sacerdote ~~francés~~ Marchena recabó de la monarquía española los medios para que el cristianísimo Colón descubriera el nuevo mundo. Los sacerdotes dominicos fueron los fundadores de una universidad en Bogotá; no bien se fundó, y á fuerza de inauditos esfuerzos del Padre Mendoza. El Arzobispo franciscano Zapata de Cárdenas, vendió su vajilla de plata para auxiliar á los inválidos y fundar el primer Seminario. El Ilmo. Sr. Lobo Guerrero continuó, ayudado de los Jesuitas Medrano y Figueredo, la obra civilizadora del Ilmo. Sr. Zapata. El

Illmo. Sr. Ladrada, dominico, muy ilustre, pidiendo de puerta en puerta limosna, fundó por el mismo tiempo el primer Colegio de Cartagena.

En 1634 fundaron los PP. dominicos la universidad de Santo Tomás en Bogotá. Contemporáneamente fundaron los Jesuitas el Colegio de Boyacá que aún subsiste, y otro en Honda. En 1645 fundaron los Jesuitas sendos Colegios en Mompós y Popayán, y otro después en Panamá. En 1754 el Illmo. Sr. Arzobispo dominico Cristóbal de Torres, lleno de entusiasmo y caridad evangélica, fundó el actual Colegio del Rosario. El Illmo. Sr. Obispo Juan Gómez de Frias fundó por aquella época el primer Colegio de Antioquia y luégo el de Buga. En 1783 fundaron los PP. franciscanos los Colegios de Cali y Popayán.

Me haría interminable si relatara las inconmensurables obras de civilización y humanitarismo cristianos, que las Comunidades religiosas y el Clero Secular han hecho en nuestra Patria, Sr. Kemis.

El Sacerdocio de Cristo, fue, es, y será la luz verdadera, la piedad de permanente salud y el verdadero protector del pueblo, y si no tiene á bien creerlo, Sr. Kemis, tómese el trabajo de estudiar un poco nuestra historia, y allí encontrará las labores de Luis Beltrán, del Padre Sandoval y de Pedro Claver, entre mil más, que trajeron las primeras semillas, que enseñaron con tanta paciencia á los abuelos del Sr. Kemis, el idioma de Castilla de que hoy se sirve para insultarnos.

Ahora bien, Sr. Kemis, siendo tan evidente todo lo dicho, en este folletico, como la existencia de Julio César, Nerón, Napoleón, Bonaparte, Simón Bolívar, Francisco de Paula Santander etc.; y no pudiendo negarlo Ud. so pena de ser excéptico, ó ciego voluntario ó insensato, juzgue imparcialmente con la mano puesta sobre la conciencia:

¿Cuál es el verdadero autor del progreso intelectual, moral y material, el Sacerdocio de Cristo ó la Revolución?

¿Cuál ha probado con tangibles hechos el patriotismo legítimo y cristiano entre el Sacerdocio de Cristo y la Revolución?

Y como la historia que es la relatora de la verdad, proclama irrefutablemente que el Clero Católico ha sido donde quiera uno de los factores más eficaces del progreso moral y material, especialmente en Colombia:

Que bajo la egida del Sacerdocio Católico se ha cultivado la preciosa planta de la libertad racional que

brotó del costado de Cristo, y gradualmente se harróto las coyundas de la esclavitud;

Que el Sacerdocio de Cristo no ha ahorrado jamás sacrificio de bienes y de sangre en favor de su patria terrenal, desde los Apóstoles y la Legión Tebana hasta el último Clérigo de Colombia en nuestros días;

Y que desde el tiempo de la multiplicación de los cinco panes por el Divino Capitán del Clero y los agapes apostólicas, hasta hoy, el pan del Clero es para todos; las lágrimas del afligido, como las de la mujer adúltera, que menciona el Evangelio, son enjugadas por el Clero Católico, sin salvedad de razas y religión, á ejemplo del Salvador con la Cananea y la Samaritana, y de cuya caridad me limito, Sr. Kemis, entre millones, á citarle como sobresaliente la de Juan de Dios en los hospitales, la de Francisco Javier en Japón, la de Toribio de Mogrovejo y Martín de Porres en el Perú y Luis Beltrán con Pedro Claver, en Cartagena de Colombia. Podrá desmentirme todo esto? No, ciertamente.

Luego el Sacerdocio Católico es el gran factor del verdadero progreso; es el baluarte inexpugnable de la legítima libertad racional ó sea la cimentada en la justicia; es el defensor desinteresado y entusiasta de la patria; es el verdadero patriota; es el caritativo y sincero humanitarista.

Luego la Revolución, llámese liberalismo ó de cualquier modo, para fascinar al ignorante como Luzbel á Eva, es todo lo contrario:

No es amante del progreso cristiano, sino del retroceso al paganismo.

No es liberal sino libertina, cosa tan opuesta á la libertad como el veneno al contraveneno ó las tinieblas á la luz;

No es patriota sincera, sino fementida y traidora;

No es humanitarista, sino fascinadora del pueblo, primero, y después, sanguinaria y cruel opresora.

Chinavita, Agosto 1.º de 1911.

MANUEL M. PRADA

NOTAS CITADAS EN EL FOLLETO

(1) "Quien á vosotros oye á mí me oye; quien á vosotros desprecia, á mí me desprecia, y el que á mí desprecia, desprecia á Aquél que me envió." San Lucas. Cap. 10 v. 16

(2) "¿Qué hermosos son los pies de los que anuncian la

paz y la felicidad y predicar la salvación!" Isaías, Cap. 52. v. 7.

(3) "Id por todo el mundo, y predicad el Evangelio á toda criatura" ó á todos los hombres. San Marcos, Cap. 16. v. 15.

(4) "Acuérdate que el Señor Jesucristo del linaje de David resucitó de entre los muertos. . . . En el trabajo hasta estar en prisiones como un malhechor. La palabra de Dios no está atada." San Pablo á Timoteo (carta 2ª, Cap. 2º vtos. 8 y 9.) Anunciad la palabra; insistid oportuna, importunamente; reprended, suplicad é increpad en toda paciencia y doctrina. (Id. de San Pablo, Cap. 4º v. 2.)

(5) Todo el Cap. 2º de los Hechos Apostólicos.

(6) E. San Joan Cap. 3º v. 20.

(7) Jeremías, Cap. 6º v. 10.

(8) "La voz de los Apóstoles resonó hasta los confines de la tierra. (David, Salmo 18, v 4.) ¿Quiénes son aquellos que vuelan presurosos como nubes y como palomas que se dirigen al asilo?" Isaías, Cap. 60. v. 8. "Me servirá de testigo hasta los confines del mundo." Act. Cap. 1. v. 8.

(9) "Sé vivir humillado, y sé vivir en abundancia: á tener hartura y á sufrir hambre, á tener abundancia y á padecer necesidad. Todo lo puede en aquél que me conforta. Car. de San Pablo á los filipenses." (Cap. 4º vtos. 12 y 13).

(10) Cart. de San Pablo á los romanos. (Cap. 1. v. 8.)

(10) Apocalipsis. Cap. 1. v. 16.

(11) Apología. Cap. 37.

(12) Evangelio de San Lucas. Cap. 2. v. 34.

(13) Profecía. Isaías, Cap. 49 v. 2.

(13) David, Salm. 62, v. 9.

(15) Jud. Cap. 36 v. 12.

(16) Deuteronomio, Cap. 18, v. 19.

(16) *Garaoa, Julio 10 de 1911.*—Sr. Dr. D. Manuel M.^a Prada—Chinavita.

Muy estimado Sr. Dr. y buen Hermano:

Estoy sumamente apenado por no haberle escrito á Ud. más antes como era mi deber, pero el recargo demasiado de trabajo en estos días no me lo había permitido, le suplico pues, excuse en esta vez mi retardo involuntario.

Con muchísima pena he tenido conocimiento de que en "El Republicano" apareció un suelto en el cual con palabras fuertes se ocupan del Sermón de Ud. No sé qué digan ni en qué sentido, pues, como Ud. sabe, no podemos leer el tal periódico por estar prohibido con excomuni6n. Según me han dicho algunos, es solamente una crítica insulsa, que no merece la pena. Yo les diré á los vecinos, como es de

mi deber, lo mal que han procedido, faltando al respeto y consideración que merece un Sacerdote que vino únicamente á prestar un servicio. De mi parte le aconsejo, Sr. Dr., que no haga caso de esas cosas; sería darles mucha importancia por ataques que más bien honran; porque recibir los tiros del enemigo por predicar la verdad, es satisfacción muy grande para un Sacerdote.

Deseo, Sr Dr.: Que esté muy bien, que no tenga novedad en su salud, que no me olvide en sus oraciones y que mande como siempre á su Afímo, S. y amigo que lo estima,

MIGUEL S. PEREZ

(17) V. Beda. Tractatus in Evang.

(18) No como partido político, sino como secta anticatólica. "Tejido." El liberalismo Católico. P. g. 1.^a

(19) "Por que vendrá tiempo en que no sufrirán la sana doctrina, antes amontonarán maestros conforme á sus deseos, teniendo comezón en las orejas; y apartarán los oídos de la verdad y los aplicarán á las fábulas." (San Pablo carta á Timoteo Cap. 4^o vtos. 3 y 4.) "El que me desprecie y no reciba mi palabra, tiene un Juez. La misma palabra que yo he pronunciado, le juzgará en el último día." San Joan Evang. Cap. 12. v. 48.

(20) No está en el diccionario de la Academia española, ni en el diccionario enciclopédico de Campano, ni en el etimológico español francés y francés español. Sólo se halla en el diccionario de Rodríguez.

(21) "¡Ay de los hijos que desertan, dice el Señor, para formar designios, y no de mí; y urdir una tela, y no por mi espíritu, para añadir pecado á pecado. . . . Dicen á los que ven: no veais; y á los que miran no mireis las cosas que son rectas; habladnos cosas que nos gusten, etc." Isaías, Prof. Cap. 30.

(22) El camino de la verdad es un motivo de blasfemia para muchos, y seguirán sus desilusiones etc. Carta 2 de San Pedro, Cap. 2.

(23) "Se aizarán en medio de vosotros hombres que enseñarán cosas perversas para atraerse discípulos." (Hechos apost. Cap. 20, v. 30.)

(23) "La piedra clamará contra tí desde el centro del muro, y las maderas hablarán" etc. Prof. de Habacuch. Cap. 2, v. 11

(25) "Es menester obedecer á Dios antes que á los hombres." Hechos apost. Cap. 5, v. 29.

(25) Milton, Paraíso Perdido. Lutero 6.

(26) Renan. "Vie de Jesús," páginas 325 y 426.

(27) Carta de San Pablo á los romanos, Cap. 10, v. 17.

(28) Voltaire. *État de l'univers eut avant que l'éclairé l'Evangele* Estado de luniverso antes que el Evan-
gelho lo esclareciese.

(29) Relación del médico protestante Fronchain que asistió á Voltaire en su última enfermedad y momentos posteriores. "Figuraos, dice, toda la rabia y furor de Orestes, y apenas tendréis una débil imagen de la rabia y furor de Voltaire, en su última enfermedad. Muy útil sería que nuestros filósofos hubieran presenciado el remordimiento y las iras de Voltaire, porque esta es la lección más saludable que podrían recibir los que han sido correspondidos por sus escritos." Esto es demasiado; "no puede aguantarse," dijo el Mariscal Rochelieu testigo igualmente de la muerte de Voltaire, ocurrida el 30 de Mayo de 1778.

(30) Conversación en Santa Elena, de Napoleón con el General Bertrandt.

(31) Evang. San Joan, Cap. 8, v. 34.

(32) Horacio. Oda 5^a Lib. 3^o

(33) Santo Tomás. Tomo 3.^o de la Suma Teológica, Cuestion. 115, art. 1^o, párr. 5. Conclusión 1^a, en donde también á su vez á Patario etc.

(34) David. Salmo 83, vlos. 1.^o y 2.^o

(35) Virgilio, poeta latino. Eneida. Egloya 4^a, referente á la Sibila de Cumas, 30 años antes de Jesucristo.

(36) David. Salmo 83, vlos. 10 y 11.

(37) Apocalipsis de San Joan. Cap. 12, vlos. 1.^o, 2.^o y 3.^o

(38) Como secta antirreligiosa, no como partido político, según el Síllabus de S. S. Pío IX.

(39) La Iglesia Cristiana no es enemiga de la forma de Gobierno llamado Republicanismo, sino del Comunismo y Socialismo que en los días actuales se ha usurpado el nombre de Republicanismo; véase el concepto de Santo Tomás citado en la nota 33.

(40) Para esto influenció el Coronel Tomás Cipriano de Mosquera, más que ninguno, el ánimo del Libertador; el mismo Mosquera, autor revolucionario de la Constitución anarquista de Rionegro. Véanse las Memorias del General Joaquín Posada.

(41) En vez de estar escribiendo calumnias, inmundicias y sosteniendo el desenfreno de la prensa para corromper el corazón de la juventud, especialmente de la mujer, lo que llaman civilización del siglo XX, cual si Dios hubiera *imbécilmente* privilegiado al hombre con el dón de la palabra, para que la empleara contra El, que es la fuente misma de la verdad, se ocuparan en escribir sobre las ciencias y artes;

sobre la mecánica, la química agrícola, la botánica de la zona tórrida, especialmente sobre la de los indígenas, aún salvajes, ¿cuánto más provecho real en esto, que en hasmear la sensualidad en todas sus formas, para empujar la sociedad al paganismo, á expensas del honor, de la riqueza, de la concordia y de las glorias nacionales? ¿Cuánto no pesan más en la balanza de la justicia y del pundonor, los cristianísimos Caldas, Solís, Zea, Zerda, Cuervos, Caros, Arboledas, Conto, Páez, Martínez Silva, Grot, Restrepos, Núñez, Otero, Reyes, Ruedas, Camargos, Carrasquillas etc. etc., que tantos politiqueros enemigos del Sacerdocio de Cristo! ¿Qué han dado á luz provechoso para la sociedad, los enemigos de la Iglesia? Presente siquiera algo que merezca el honor de decantarse, que no sea vergonzoso aun de sentirlo! ¿Acaso la civilización consiste en la disolución del matrimonio, en el amor carnal libre, en la indultación de los asesinos contumaces? ¿Seguramente estarán ellos más empapados que los castos alemanes del Norte etc., en lo que es la civilización para marchar á la vanguardia del universo? Algunas, ó mejor dicho, el sin número de novelas, como las de Sola etc., ¿serán el evangelio de los civilizados, según el gusto de Decio, de Calígula, de Heleogábalo, de Epicuro etc? Y ya que las novelas son todo su encanto y el norte de su civilización, ¿no le serían de mayor provecho las de Julio Verne etc? Son enemigos de la edad media, y sin embargo son entusiastas panegiristas de los nauseabundos librecos de aventuras fantásticas como á las que dio muerte Cervantes con su inmortal obra del Quijote!... ¿Cuántos de los que agotan sus energías elucubrando la muerte del gigante negro, como llaman al clericalismo, son el acabado retrato de los caballeros andantes! Oh! qué bien cuadrara ahora otro Cervantes!

(42) Hay muchos liberales que son conservadores ó verdaderos liberales, según el recto significado de la palabra, y viceversa.

(43) En esto, como se dijo, tuvo gran parte el que después se hizo liberal y formó la Constitución anárquica de Rionegro.

(44) Como un Camilo entre los gentiles, como un Carlos Albán y un Rufino Cuervo, entre los católicos de Colombia, un Sergio Camargo y un Santiago Pérez y un Eusebio Otálora, entre los liberales.

(45) Como en el Congreso de 1878.

(46) No me refiero al actual Presidente, sino á los de épocas remotas, lo mismo respecto del Congreso.

(47) Con heroica paciencia enseñaron los Sacerdotes el idioma español etc. á los aborígenes del Sr. Kemis.